

trigas puramente dinásticas; permaneciendo siempre neutrales en lo respectivo á la sucesion de los tronos y á las contiendas de sus aspirantes, con tal que no se rozasen con la Religion. Para ellos la política se hallaba compendiada en los deberes de su estado y en la propagacion del Evangelio; aceptaban los gobiernos establecidos, se sometian á sus pragmáticas, y aun trataban de servirlos, con tal que no fuesen hostiles á las leyes de Dios y á las de su Iglesia. Así es que, aun cuando presagiaban los sucesos que iban á dividir el Portugal, no debieron extramilitarse de las prescripciones de una regla tan estrictamente formulada por su Fundador.

Si se ha de dar crédito á los autores contemporáneos, solo una vez se dejaron ver á las claras los Jesuitas en los disturbios que se siguieron al fallecimiento del Cardenal rey, y fue en las islas Azores. Hé aquí el hecho: Acontece muy á menudo que los reyes á quienes una muerte repentina y trágica arranca de brazos de sus súbditos, dejan en pos de sí algunos sugetos á quienes una semejanza mas ó menos perfecta impulsa quizás á usurpar su nombre y representar su personaje, ó lo que es lo mismo, cada historia nacional cuenta sus falsos monarcas. Divulgóse, pues, la noticia en las Terceras de que el rey D. Sebastian no habia muerto en las costas de África, y que de regreso á Europa, iba á tomar otra vez posesion de su trono. Alucinados varios religiosos por una adhesion que tenia mas visos de laudable que de fundada, se apresuraron al instante á predicar una cruzada en favor del supuesto D. Sebastian, «en tanto que los Jesuitas, como dice de «Thou, hicieron todos los esfuerzos posibles para desengañar al «pueblo.»

Esta conducta, que era la única capaz de ser aceptada y seguida por cualesquiera hombres sensatos, bastó para convertirse en arma mortífera contra los Jesuitas: porque la prudencia es siempre condenada cuando la exaltacion es la reguladora de los ánimos. Hallábanse los Padres bajo el influjo de los celos de algunas Ordenes monásticas, al paso que inspiraba á los portugueses un odio nacional cuanto pertenecia al nombre español; agregado de causas que fueron suficientes á fomentar una insurreccion; y aunque esta fue la única vez que se les vió intervenir en los asuntos políticos, tomaron de aquí pretexto sus émulos para apropiárselos el dictado de intrigantes y perturbadores. Hé aquí cómo

se expresa Arnauld en su famoso alegato en favor de la universidad de Paris.

« Los Jesuitas, que habian ya sublevado el resto del reino, empezaron á fulminar anatemas contra los franceses, y á excitar el entusiasmo del rey Felipe: y ¿qué hicieron de ellos? en vez de lanzarlos al mar ó expulsarlos al menos de las islas, se contentaron con tabicarlos en sus claustros; y ¿qué hicieron los Jesuitas? demoler los tabiques, exponer el santísimo Sacramento y burlarse de Dios, sirviéndose de los sagrados misterios para excitar á la sedicion.»

La mencionada exposicion del Sacramento y los anatemas contra los franceses son dos hechos de que ni aun ofrecen vestigio los historiadores de la época, y que Arnauld inventó solo por convenirle así para salir airoso de su defensa; tampoco el anatema homicida que forja á su arbitrio ha tenido otro origen que el de una de esas exageraciones que desacreditan la circunspeccion y el decoro de los tribunales.

No habian aun llegado las cosas á tal punto, cuando arribó á Portugal Francisco de Borja, acompañando al legado cardenal Alexandrini; pero antes de tomar el hilo de la narrativa, hemos juzgado oportuno reasumir los cargos que los enemigos de la Compañía han forjado á propósito de D. Sebastian, y los verdaderos hechos que resultan de un estudio concienzudo de tan extraños sucesos: resultado que obtendremos con solo seguir á Borja á la corte de Lisboa.

Cuando D. Constantino de Braganza y Juan de Borja, embajador de España en Portugal é hijo tercero del general de los Jesuitas, salieron á recibir en la frontera al Legado y al P. Francisco, estaba la corte dividida, con motivo de las intrigas de que hemos hablado, y que se hallaban en toda su efervescencia en el año de 1571, época en que D. Sebastian contaba solos diez y siete años. Luego de pronunciada la primera palabra en el Consejo reunido sobre la Cruzada, objeto principal de la legacia, se llenó el Monarca de entusiasmo, y declaró que estaba pronto á tripular sus buques de guerra; condescendencia que sorprendió muy poco á Francisco de Borja, quien, después de arreglados los asuntos de la cristiandad, pasó á ocuparse del enlace de D. Sebastian, que se comprometió por último á dar su mano á Margarita de Valois.

Después de haber llenado de este modo los deseos del soberano Pontífice, se dirigió Borja á Francia en compañía del Cardenal legado, arribando á Blois, donde á la sazón residia la corte, hácia fines de enero de 1572.

Hallábase á la sazón desgarrada esta potencia por las facciones: el calvinismo, como todos los partidos que conspirando con la espada ó la pluma, ostentan una sed insaciable de concesiones con la esperanza de debilitar el poder, habia ya obtenido de Catalina de Médicis y de Carlos IX mucho mas de lo que tenia derecho á solicitar; y sin embargo cada vez mas exigente demandaba nuevos favores. Ya no aspiraban los extraviados de la Iglesia á obtener templos, puesto que ya los tenían en su poder; ambicionaban sí el prohibir á los Católicos la entrada en sus antiguas catedrales. Los hombres de la independencia indefinida, impulsados por la novedad, ó por un deber de conciencia, por ambicion ó tal vez por entusiasmo, habian conseguido cambiar de culto; pero trataban todavía de obligar á los demás á que aceptasen sus creencias. La guerra civil emanaba de la misma opresion moral que acosaba al poder y á las masas, y los Calvinistas trataron de aceptarla como un nuevo método de predicacion, emprendiéndola con sus propias tropas, y continuándola con el apoyo de los extranjeros. Del otro lado del estrecho existia un pueblo que, como los Calvinistas, se habia separado violentamente de la Iglesia universal; y ese pueblo era el enemigo natural de la Francia. La política de los reyes, el valor del ejército y el instinto nacional habian logrado desembarazar al territorio francés de los ingleses, que poco antes poseian en él provincias y ciudadelas. Los Protestantes creyeron necesitar el apoyo de sus correligionarios, y le invocaron en seguida. Mas como los hijos del Támesis no se propasan jamás á regalar lo que pueden vender, les ofrecieron su intervencion armada exigiéndoles prendas; siéndoles entregada en 1563 la ciudad del Havre en calidad de tal por los calvinistas franceses. De este modo la obra que con tanta gloria habian empezado y terminado los Duguesclin, los Clisson, las Juanas de Arc, los Dunois, los Montmorency y los Guisas, se veia hollada y deshecha por el protestantismo; y una vez dueños los ingleses del litoral, dejaron de ser aliados para convertirse en dominadores, que después de haber dejado que los partidos se destrozasen, pasaron á recoger el fruto de sus cálculos, y á imponer á la Francia su funesto yugo.

La universidad de Paris, la facultad de teología y el Parlamento que habian identificado en una misma cuestion los intereses de su fe y dignidad, continuaban encarnizándose contra la Sociedad de Jesús: la cual les daba ejemplo luchando en el centro de las provincias contra el poder de los Hugonotes; pero este mismo ejemplo los sumia en la indiferencia y en la apatía. Y á vista del riesgo que corrian el catolicismo y el trono, el Parlamento y la universidad, medio vendidos á los sectarios del calvinismo, preferian luchar contra los Jesuitas á hacer frente á las usurpaciones de la herejía. Triste cosa es, por cierto, seguir en sus por menores el proceso entablado entre aquella corporacion y los Padres; proceso que se continuaba en medio de los desórdenes de que era teatro la Francia, y que apoyado únicamente en sutilezas escolásticas contaba por nada las desgracias actuales y las calamidades futuras, hollando sus mas sagrados deberes por la satisfaccion de un orgullo ajado, ó por solo el capricho de perseguir á su rival en las bellas letras.

El P. Possevino, que habia marchado á Bayona en 1565 para solicitar de nuevo la proteccion de Carlos IX, que se hallaba á la sazón en esta ciudad conferenciando con Felipe II de España, sobre los asuntos de la Religion, reasumió en presencia del Consejo las peticiones de su Compañía en los términos siguientes: «Señor: la Sociedad tiene en su favor la circunstancia de ser conocida en el reino, puesto que jamás ha ocultado á la censura de los herejes las acciones, palabras y costumbres de sus hijos; testimonio que no es el que menos honor la hace, ni el menos suficiente para destruir cuanto puedan alegar en perjuicio suyo. Tan solo suplicamos á V. M. que se digne continuar dispensándola la proteccion con que la ha honrado hasta el dia, y que la permita trabajar en su reino cristianísimo en la instruccion de la juventud y en la conservacion de la verdadera fe.»

Y para dar mas peso á los motivos en que se apoyaba, puso en mano del Monarca una memoria en que estaban recopilados el plan y el objeto del Instituto. Esta memoria, cuyo original tenemos á la vista, profesa respecto á los privilegios de la antigua universidad y sobre la libertad de enseñanza una doctrina, que siempre han seguido los Jesuitas: «Es indispensable, dijo Possevino, atender á las necesidades y males que aquejan á la Francia, sin consideracion alguna á las prerogativas obtenidas an-

«teriormente por la universidad; porque todos tienen facultad «para inaugurar escuelas públicas en sus casas, y recibir en ellas «á cualquiera que se presente para ser instruido, una vez que la «nacion no se encuentra ya en la situacion que dió motivo á «crear los mencionados privilegios; *et quæ de novo emergunt, non vis remediis egent.*»

El Monarca y su Consejo tomaron en consideracion la súplica de Possevino, ordenando al canciller de l'Hôpital que remitiese al parlamento de Paris la real cédula solicitada por el Jesuita. Habíase creado l'Hôpital una posicion en extremo embarazosa entre ambos partidos; honrado y probo en realidad, aunque politico poco versado en el conocimiento del corazon humano, trataba de contemporizar con todos, sin duda para atraerlos á una reconciliacion cuya imposibilidad era palpable, puesto que aspiraba á complacer á los Católicos y á ganarse la confianza de los Hugonotes: pero unos y otros acriminaron su pensamiento tachando de duplicidad su moderacion. Era el Canciller, en una palabra, uno de esos hombres que se lanzan al espacio de una sagacidad diplomática para obtener popularidad; pero que, en medio del desenfreno de las pasiones, se reservan un papel de condescendencia, con el objeto de eternizar su poder. De aquí es, que temia comprometerse por medio de un paso oficial en favor de los Jesuitas, que segun su modo de ver las cosas, tomaban muy á pechos el sostener los intereses de la Iglesia: su fe era demasiado ardiente, y su celo impetuoso infundia cierta especie de terror en la calculada timidez del ministro. Sin embargo, escribió para cumplimentar las órdenes del Monarca, que en union de Catalina, del cardenal de Borbon y de los otros príncipes, recomendó la Sociedad al parlamento, al obispo y al gobernador de Paris, pasando en seguida Possevino á entablar algunas conferencias con Felipe II.

Los herejes acriminaban á los Jesuitas la sagacidad con que difundian por todas partes su espíritu de proselitismo; pero aquellos no les iban en zaga cuando necesitaban valerse de los mismos medios para poner por obra su propaganda. Si las hogueras de la Inquisicion y la rigidez de Felipe les habia cerrado las puertas de España, no tardó mucho Spifames, obispo apóstata de Nevers, en union del ministro Vi, y de los otros corifeos del protestantismo, en descubrir un camino para introducir en la Penin-

sula el veneno de sus doctrinas. Los libros de los herejes circulaban en secreto por todos los ángulos de la Iberia, siendo tanto mas buscados cuanto que la privacion es causa del apetito; empero no bien habia Possevino descubierto el ardid de que se valian para su introduccion, cuando pasó á comunicárselo á Felipe, obteniendo por resultado de su delacion una guerra mas encarnizada que nunca, en la que los Hugonotes hacian expiar á los Padres las medidas que habia tomado el Monarca.

Observando la universidad, esa hija primogénita de los reyes cristianísimos, que los Jesuitas se dirigian á los príncipes católicos con el objeto de adquirirse poderosos protectores, se resolvió á mendigar el apoyo de los disidentes; paso imprudente, que dado en un tiempo en que las opiniones se hallaban tan evidentemente deslindadas, no dejó de ser mirado como un acto de bajeza, ó como una apostasia por alianza. Los amigos de la corporacion facultativa trataron desde luego de hacerla comprender el enojoso efecto que debia producir en Francia un acto tan opuesto á los intereses del catolicismo como á los de la universidad misma; pero esta última no consintió en modificar su plan, y el 12 de mayo de 1565, pasó el rector, seguido de las cuatro facultades, á suplicar al príncipe de Condé que mandase expulsar á los Jesuitas, como perturbadores de los estudios públicos ¹.

No causará extrañeza semejante paso, si se considera que la universidad contaba en su seno varios individuos infectos de herejía, que so pretexto de defender sus prerogativas, aspiraban á comprometerla para separarla en seguida de la comunión romana. Pedro Ramos, iconoclasta y calvinista, segun Crevier ², pero que contribuyó en gran manera al progreso de las ciencias, habia persuadido á las facultades que el proceso de los Jesuitas era mas bien un negocio de corporacion que de religion; y la universidad, que ignoraba hasta dónde podria arrastrarla semejante coalicion, la aceptaba en descargo de su venganza.

Pasquier y sus colegas habian entrado ya en la liza con una consulta en nueve puntos del abogado Dumoulin. Pasquier habia

¹ Rector amplissimo doctissimoque statu principem Condaeum salutavit, illumque rogavit ut illius providentia et consilio isti Jesuitae publicorum studiorum remoramta exturbarentur. (*Historia universitatis*, por du Boulay, pág. 646).

² Crevier, *Historia de la universidad*, tomo VI, pág. 130.

ya informado en el tribunal; y su discurso, vasto repertorio en que puso la ciencia al servicio de las ambiciones universitarias, habia producido en el ánimo del Parlamento, preocupado de antemano, un efecto prodigioso, cuando empezó Versoris la defensa de los Jesuitas.

Este abogado que, como dice Pasquier en una carta dirigida á Mr. de Sainte-Marthe, teniente general de la santa Hermandad en Francia, habia sido ayudado por el P. Caigord, uno de los mas acérrimos agentes que ha tenido el Tribunal supremo, en un estilo que por su énfasis y afluencia en nada cede al de su colega, felicitó á las partes «por tener por juez á un tribunal, que miraba á todos «y á cada uno con aquel ojo avizor, y mas recto aun que el del «gigante Polifemo, que algunos, sobre el testimonio de Filós- «trato, han creído ser el ojo de la Francia.»

En lo mas acalorado de estos detalles llegaron á Paris los despachos del canciller de l'Hôpital y la real cédula obtenida por el Jesuita Possevino; y como no era una cuestion civil, sino mas bien un asunto religioso y político el que á la sazón se controvertía; se pronunció abiertamente en favor de los Jesuitas el primer presidente Cristóbal de Thou¹, padre del célebre historiador; y el 29 de marzo de 1565 se expidió un fallo, ordenando «que las «cosas quedasen *in statu quo*.»

Ganar tiempo para la Compañía era ganar su causa, pues como cada vez se hacia mas necesaria, cada dia se estrechaban á ella los Católicos con nuevos é indisolubles lazos. La universidad no desconocia que semejantes dilaciones eran poco favorables á su causa, y para conjurarlas se decidió á dirigirse al príncipe de Condé. Prometíala el protestantismo un concurso eficaz y activo contra los Jesuitas, y se hallaba dispuesto á cumplir su palabra; pero carecia de la eficacia que deseaba la universidad; así es que, después de haberse unido á los disidentes, que solo aspiraban á una guerra intestina, trató de sustraerse á su influjo, para buscar

¹ El talento y el carácter del presidente de Thou, en cuya historia añadió el P. Possevino algunas notas críticas, se han delineado: *Audax nimium, hostis Jesuitarum implacabilis, calumniator Guisiorum. Protestantium exscriptor, laudator, amicus, Sedi apostolicae et synodo Tridentinae totique rei catholicae parum aequus*. Esto no son sino los defectos del historiador; pero á estos reunia grandes calidades de estilo, y un profundo conocimiento de las costumbres y de los hombres de su tiempo.

su apoyo únicamente en el anciano condestable Ana de Montmorency. En la Pascua de Resurreccion del año de 1566 se dirigieron á su domicilio Ramos y Galland suplicándole «que exterminase á los Jesuitas, porque son, dicen ellos, la peste de la universidad, puesto que la mas insignificante medida de severidad, «empleada con los estudiantes, bastaba para que contestasen con «la amenaza de retirarse á las aulas de los Padres¹.» El mariscal y duque de Damville, hijo del Condestable, que se hallaba presente á esta entrevista, era uno de los mas acérrimos defensores de la Compañía, y como tal impuso silencio á los demandantes, á quienes contestó por su parte el Condestable en los siguientes términos: «Os estaria mejor imitar á la Sociedad que acriminarla;» y finalizó de este modo dirigiéndose á sus individuos: «No ignoro lo mucho que ha padecido en Francia vuestro Instituto, en especial desde que el cisma se ha arrancado la mascarilla; pero debeis tolerar con paciencia estas persecuciones, y con «tanta mayor generosidad cuanto que os son comunes con todos «los hombres honrados; porque debeis estar convencidos de que «todos los que han aspirado á hacer grandes cosas en la Iglesia «de Dios, han tropezado como vosotros con infinitos obstáculos. «Si continuais sirviendo á la Iglesia y á la patria con el mismo «desinterés que hasta aquí, nada tendréis que temer; y en lo que «á mí respecta, os prometo que jamás os faltarán mis servicios y «proteccion:» palabra que cumplió fielmente, siendo el amigo y protector de los Jesuitas hasta el dia en que pereció en la batalla de San Dionisio sepultado en su mismo triunfo.

La universidad no podia perdonarles sus victorias; antes procuraba cada dia acrecer sus inveterados celos. En 1565 recibió orden el Jesuita Perpiñan de pasar á la capital del reino para ser uno de los profesores: «Este Padre, que segun Pasquier, era un «sugeto versado en toda clase de idiomas y de conocimientos, al par «que gran teólogo y filósofo;» que fue, como afirma Crevier² «uno «de los hombres mas sabios de un siglo en que habia muchos.» Dotado de una elocuencia irresistible, poseia todas las calidades que Ciceron exige en un orador. Apenas habia entrado en Paris, cuando en sus primeras conferencias, referentes á la necesidad de conservar la fe antigua, produjo tal impresion en los corazones

¹ Sachini, *Historia Societatis Jesu*, part. III, lib. II, pág. 66.

² Crevier, *Historia universal*, tomo VI, pág. 168.

nes de la juventud escolar, que viendo los universitarios la desercion que se notaba en sus aulas, trataron de formar una liga con los Calvinistas para contrarestar el efecto que producía la fecundia del Jesuita. Organizaron al punto un motin, en que trataban de acallar la palabra de Perpiñan, que tenia cierto tinte de inspirada; déjase ver aquel en su cátedra, y al momento es acogido por una gritería inmensa y asalariada por la universidad. Mas el orador no se intimida; y como por otro lado no eran sus discípulos hombres que se dejasen arrebatar la calma de su admiracion, dispersaron á los perturbadores, y el Padre continuó en adelante sus discursos, que pocos años después vino la muerte á interrumpirle.

En el calor de uno de estos discursos, pronunciado el 1.º de octubre de 1565, este Jesuita haciéndose superior á las miserables rivalidades de partido, dejó oír de lo alto de su cátedra uno de los mas bellos panegíricos de la universidad, bajo el siguiente tema: *De humana divinaque philosophia discenda ad Parisienses*. Hé aquí un fragmento de su discurso:

«La multitud de sabios que en todos los siglos han salido de la «universidad de Paris, como del santuario de la ciencia, ha pro-
«pagado en el universo el conocimiento de las letras y bellas ar-
«tes. En el período de diez siglos que han transcurrido desde su
«fundacion por Carlo Magno, recorred la serie de las edades, y
«veréis en todas ocasiones acudir á ella los extranjeros, como á
«la fuente de la sabiduría; y para que se sepa que el amor á la
«verdad es el que nos inspira mas bien que el de la patria, va un
«extranjero á ensalzar ahora mismo la gloria de la universidad
«mas de lo que hasta ahora lo ha hecho ningun francés. Existen
«muy pocas academias eruditas, que no deban referirse á la de
«Paris respecto á su origen y progresos. Y ¿qué extraño tiene
«ver que todos los hombres educados en el espíritu de las ciencias
«ansien dirigirse á esta capital con el objeto de visitar la univer-
«sidad, su comun madre? Cuanto mayor es la gloria que os cabe,
«mas os debeis esforzar en merecerla; y tanto mas sensible os de-
«berá ser su decadencia, cuanto mayor es el grado de elevacion
«que os ha granjeado tamaño honor. Así no es de creer, que de-
«jeis arrebataros como quiera este patrimonio de gloria que os
«han legado vuestros mayores. Esta universidad encierra en su
«seno un conjunto de hombres eminentes dignos de la grandeza

«de esta villa, dignos del nombre francés y de la majestad de es-
«te antiguo imperio.»

Hallábanse las cosas en este estado de sorda inquietud que suele preceder á las grandes crisis, cuando en 1567 estuvo el Monarca á pique de caer en manos de los Protestantes á las órdenes de Condé en la ciudad de Meaux. La corte no habia querido acceder á todas sus exigencias; y en tanto que varios hugonotes, que conspiraban á mano armada, trataban de apoderarse de la persona del Rey, marchaban otros conspiradores clandestinos á poner en ejecucion en Paris un complot que tenia por objeto incendiar á la capital. Ya estaban designados el dia y la hora de la ejecucion, cuando advirtió un calvinista á Pedro Kostka, que vigilase por su seguridad personal; y este, segun afirma el historiador Sachini, comunicó al P. Oliverio Manare, provincial de Francia, los pormenores de aquella horrible trama que habia descubierto como por un acaso providencial. Los Calvinistas trataban de hacerse dueños de la ciudad á favor del incendio propagado por sus diferentes barrios; ya se habian esparcido algunos rumores vagos, semejantes á los que circulan en visperas de algun suceso siniestro, y debidos á la indiscrecion, ó quizás á un presentimiento popular: Manare, que ya se hallaba orientado en la conspiracion por las revelaciones de Kostka, condujo á este á presencia de los magistrados, que no tenian noticia alguna, y que al escuchar los detalles de boca del Jesuita, corroborados por la asercion de un extranjero, adoptaron sin demora medidas enérgicas. Despacharon inmediatamente un correo al Rey, é hicieron saber muy luego á los habitantes de Paris el peligro que les amenaza. La noche designada para realizar el incendio empezaba á tender su enlutado manto; ya la fatal tea se hallaba en las manos de los incendiarios; todo Paris iba á cubrirse de luto y de desolacion, cuando se vieron iluminadas las fachadas como por encanto, y empezaron á circular por las calles numerosas patrullas. ¡Paris se habia salvado! Á fuerza de investigaciones llega la autoridad á descubrir el sitio en que se hallan las armas y las teas incendiarias: el correo despachado al Rey llegó bastante á tiempo para que, á despecho de algunos cortesanos calvinistas, pudiese aquel evadirse de manos de Condé y de Coligny. Carlos y su madre, que conservaban grabado el recuerdo de tamaño insulto, no pudieron jamás olvidar la ida que, como dice Montluc, obligaron á ha-